

EL JOVEN MARINO

**CERTAMEN LITERARIO J.JÁUDENES
PRIMERA CATEGORÍA**

PREMIO LITERARIO « JOSÉ JAÚDENES »

El joven marino

La primera vez que vemos el mar, nuestra reacción suele ser bastante confusa.

Quedamos perplejos al toparnos con una inmensa bañera de agua salada en frente de bloques de casas a muy poca distancia de la orilla. Además nos damos cuenta de que en este gigante charco, no nos hallamos solos. Normalmente a una temprana edad uno se acostumbra a bañarse solo en un ambiente climatizado y privado. Sin embargo, cuando uno conoce la playa, se da cuenta de que esta está generalmente abarrotada de gente que se baña en grandes grupos, jugando con pelotas hinchables o flotadores. Además el agua está congelada en comparación a la de nuestras bañeras. No obstante, en caso de que estemos en mar abierto, la reacción suele ser de bastante respeto hacia lo que vemos.

Generalmente al ser uno pequeño, si nos asomamos al mar, nos quedaríamos boquiabiertos viendo las enormes olas que chocan una detrás de otra contra la costa, levantando grandes cantidades de espuma y moluscos que estaban pegados a las piedras a las que embisten.

En el caso de Manuel sin embargo, su primer contacto con el mar fue completamente diferente a lo normal. Desde un primer momento el pequeño niño de cinco años nacido en Ferrol, la Coruña, sintió un vínculo inexplicable con la mar.

Tras llevar varios meses soñando con bañarse en el mar, debido a las grandes aventuras que le contaba su padre, oficial de la Armada Española, Manuel por fin había convencido a sus padres de que era lo suficientemente adulto para darse un chapuzón en las frías aguas gallegas.

Para ello, los padres decidieron organizar una excursión al Club Náutico del Montón, en Ferrol, donde la familia de Manuel tenía autorizado el paso gracias al puesto de su padre. En este club, tenían la posibilidad de tomar prestado un pequeño bote con remos para alejarse un poco de la costa y darse un baño. Cuando le plantearon la idea al pequeño Manuel, este aceptó de inmediato.

Muy ilusionado, partió acompañado de su padre y su madre en lo que iba a ser un día que marcaría un punto de inflexión en su vida. A medida que se iban alejando del puerto, lo único que parecía interesarle a Manuel era el mar, gritando cada dos por tres que había conseguido ver el enorme tiburón del que su padre tanto le había hablado en sus historias. Los padres de Manuel, asombrados de lo bien que lo estaba pasando su hijo para su temprana edad, no podían evitar parar de reírse con las palabras del aún inexperto niño.

Después de un rato en el bote, el niño le dijo a sus padres que quería bañarse. Sin embargo a los padres les pareció que era demasiado peligroso, ya que estaban en una zona bastante profunda. Esto provocó un berrinche en Manuel, que aprovechó un despiste de sus padres para lanzarse al agua mientras estos discutían.

Automáticamente el padre de Manuel se sobresaltó, y su madre pegó un chillido que se oyó hasta en el club náutico. Manuel, que había conseguido mantenerse a flote agarrándose a uno de los remos no podía estar más eufórico. Por fin había logrado su sueño y manifestó su alegría con una sonrisa de oreja a oreja. Lamentablemente, su felicidad se acabó bastante rápido, cuando su padre aún afectado por el susto le sacó del agua por las orejas y le castigó sin playa hasta el año próximo. Además ya empezaba a anochecer y debían ir pensando en volver a casa para cenar.

El pequeño Manuel triste por su castigo, se sentó en el lado derecho del bote, metiendo la mano en el agua trazando un hilo a medida que el bote regresaba a la orilla. Durante el corto trayecto, Manuel volvió la mirada a lo lejos, viendo el sol hundirse en el horizonte. También bastante difuminados pudo divisar lo que parecían ser barcos. Según su padre, estos eran enormes ciudades flotantes que surcaban los mares para llevar a los marinos a otros países. Manuel no pudo evitar emocionarse imaginándose recorriendo el mundo en uno de esos gigantes de hierro flotantes.

El mismo día, el pequeño niño se prometió volver a ver el mar todos los días de su vida. Incluso se propuso para ello un plan para escaparse de casa, si sus padres le mantenían el castigo.

A la mañana siguiente, el padre de Manuel fue a despertarle como de costumbre para ir a desayunar. Sin embargo, cuando llegó a la puerta de su cuarto se dio cuenta de que su hijo no estaba ahí. Decidió entonces ir en su busca y se sorprendió al encontrarle en el salón de su casa buscando en un baúl antiguo donde los padres de Manuel guardaban álbumes de fotos familiares. El padre le preguntó a Manuel qué hacía despierto tan temprano y que qué estaba buscando. Manuel concentrado en su tarea le respondió:
Fotos de barcos.

El padre, entusiasmado al ver que su hijo estaba interesado en el tema de los barcos, se sentó al lado de su hijo para ayudarlo. Mientras tanto comenzó a contarle muchas de sus aventuras que no hacían más que ilusionar al joven Manuel todavía más. Después de un rato buscando, encontraron un pequeño libro, que había sido el diario del padre de Manuel en su etapa de estudios en la Escuela Naval Militar de Pontevedra. Acordaron sentarse en el sofá del salón para leerlo.

En el diario aparecían innumerables fotografías de el padre de Manuel de joven con sus compañeros de promoción en diversas situaciones: después de regatas, después de clase, en plenos ejercicios de entrenamiento, etc. Mientras que el padre hablaba, a Manuel se le salían las pupilas de los ojos. Sin duda estaba disfrutando con cada cosa nueva que descubría de la profesión de su padre.

En un momento dado Manuel interrumpió a su padre. Este, disgustado, le preguntó a su hijo si quería hacer otra cosa que ver el libro, ya que ya llevaban un buen rato hablando del tema. Sin embargo, para su sorpresa, su hijo le miró a los ojos y le respondió: “No papá. Me acabo de dar cuenta de que quiero ser marino de mayor”.